

POQUITA COSA

MIGUEL MENA

No lo puede evitar. Mientras el director de programas habla y habla, a Lucía se le va la mirada un metro por encima, hacia el retrato del fundador de la cadena. Clava sus ojos en aquella foto: un hombre de una sola ceja, con la nariz torcida y dos orejas como embudos. Nunca lo sentarían a presentar un telediario. Con los nuevos criterios de la cadena, tal vez acaben sustituyendo su fotografía por pinturas que lo idealicen un poco, porque visto así, en crudo, es una bofetada sobre el aluvión de belleza que se desparrama por TotalVisión.

Los platós son un desfile de modelos, incluso ese nuevo director de programación que ahora le habla es condenadamente guapo. Cuando Lucía pasa la mirada del retrato del patriarca a la cara de su interlocutor, es como si saliera del circo y entrara en el teatro: de la jaula de los monos al camerino del primer actor. Aquel jefe es tan atractivo que debería permanecer en silencio para apreciarlo con mayor intensidad, pero él no calla ni un sólo instante, ni siquiera cuando Lucía pierde la mirada un metro por encima y todo lo que oye es un runrún de palabras sin sentido:

–Bla, bla, bla, bla, bla, bla.

El ejecutivo guapo dice que siempre habrá un sitio para Lucía, que ningún puesto es menos meritorio que otro, que tan importante es el conductor del programa estrella como el electricista del sótano, que todos forman parte del mismo engranaje y hacen funcionar la misma maquinaria. Pero ella sabe que se trata de la patada definitiva, que ahora descende su último escalón en el organigrama, que después de tantos años dando la cara en pantalla, pasando por todas las secciones, han decidido aparcarla y poner en su lugar un rostro más bonito, y de chico, que garantiza más espectadores según las últimas tendencias. Ella ya no vende. Ella es de otro estilo. Ella ha perdido encanto con el paso de los años. Su mirada no tiene el brillo alegre de antes y su dicción es menos convincente. Hay cosas que ya no se remedian con la cirugía estética.

Debería estar preparada, pero le indigna. Debería saber desde hace años que en la televisión el declive forma parte del oficio, pero se resiste a esfumarse sin más. Ahora no le parece justo que la veteranía se premie con el olvido. Mientras aquel chico guapo habla y habla, en ella crece la rabia, la sensación de injusticia y el deseo de que la respeten, de no dejarse pisotear, de hacer valer su trayectoria. Pero la desazón puede más y los pensamientos de Lucía se dan un baño de realismo pesimista: «No puedo hacer nada contra ellos, solo tragar y tragar. Hundirme un poco más. Nadie vendrá a ofrecerme un puesto en otra cadena. No aproveché cuando estaba en lo mejor y ahora ya no soy nadie. Estoy indefensa ante su inmenso poder. Soy un cero a la izquierda, una gota de lluvia en el mar, una rama en el bosque. Soy una mota de polvo ante una montaña de arena. Soy el insecto al que se pisa. Soy una garrapata, una cucaracha, un mosquito, una pulga..., una pulguita, una pulga..., sí, una pulga..., apenas un puntito negro..., una pulguita, una pulga..., una pulga.»

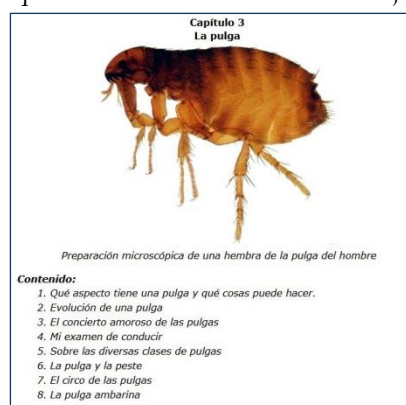
La pulga es un insecto hematófago que, a diferencia de otros parásitos, tiene bastante movilidad. Sus saltos son legendarios por lo enormes que resultan en comparación con su tamaño, como si un hombre saltara por encima de una estación de tren, aunque en realidad son mucho más famosas sus picaduras.

Existen más de mil clases de pulgas. Las hay propias de las aves, de los topos o de las musarañas, pero en la proximidad del hombre las pulgas más frecuentes son las de los perros. Las pulgas adoran la sangre canina, y suelen abundar en las granjas con perros de caza porque estos animales no disfrutan de la misma higiene que los domésticos. Los lavan poco o nada, apenas los visita el veterinario y a menudo conviven en grupos que se contagian enfermedades y parásitos. Sus dueños solo se preocupan de ellos cuando se abre la veda.

En la paja esparcida en una cabaña, o en una manta donde duerma uno de estos perros, pueden vivir miles de pulgas. Muchas nacen allí, ya que la pulga pone sus huevos en el suelo, en cualquier sitio. Simplemente los deja al azar en las proximidades de su último domicilio y miles de pulguitas crecen en los alrededores.

La sangre humana no figura entre las favoritas de las pulgas, pero cuando una de ellas cae sobre un hombre, y una pulga hambrienta salta sobre todo lo que se mueve, pica y pica durante un buen rato antes de buscar otras fuentes de sangre más nutritiva. En cada picadura deja una microscópica gotita de su veneno y eso es precisamente lo que produce un agudísimo picor. Porque las pulgas son temibles por la intensidad de sus picores. Según el naturalista austriaco Karl von Frisch (1886-1982), una gota de veneno de pulga del tamaño de una gota de agua sería suficiente para producir horribles picores a toda la población de Hamburgo, ciudad que tenía un millón y medio de habitantes en 1973, año en el que Von Frish obtuvo el Premio Nobel de Medicina¹.

La picadura de pulga produce tal comezón que es frecuente que quienes la padecen se rasquen y rasquen hasta hacerse sangre. Solo así sienten un pequeño alivio. Es un acto reflejo, instintivo, imposible de controlar. Simplemente la mano se va a la zona afectada y las uñas arañan cada vez con más fuerza intentando calmar el picor. Si esposáramos a alguien con varias picaduras de pulga, se restregaría contra todo y enloquecería si no pudiera rascarse. La sabiduría popular achaca a este insecto la capacidad de sacarnos de quicio; por eso de alguien con muy mal carácter se dice que tiene «malas pulgas».



1.- Si tienes curiosidad por el mundo de los insectos domésticos –especialidad de Von Frish– puedes consultar un librito suyo en formato digital en este [enlace](#). A ese documento corresponde la imagen superior.

Hoy empieza el otoño. Como tantas noches. la familia Hinojosa Jarque cena delante del televisor. Disfrutarán con la gala que presenta la nueva temporada de TotalVisión, su canal amigo. Les gusta este tipo de programas por los que desfilan todas las estrellas de la cadena, los nuevos fichajes y muchos artistas.

Mamá Jarque recoge la mesa a toda prisa mientras papá Hinojosa se sienta en el sofá con los hijos. Mamá regresa de la cocina justo cuando sale el gran ballet de TotalVisión. Bailan la sintonía de la cadena. Es una música animada y los bailarines se mueven con soltura. Pero sucede algo raro. A veces alguna chica no levanta los brazos al mismo nivel que sus compañeras y se lleva la mano al muslo o a las pantorrillas, y hay un bailarín que en cada giro se frota con fuerza en la ingle. Los Hinojosa Jarque nunca habían visto al ballet tan desconjuntado.

Tras ellos aparecen Carlos Pacheco y Nuria Claver, los presentadores más famosos de la cadena. Él lleva un traje de Armani y ella luce un vestido negro con transparencias. Lleva transparencias en los hombros, en los brazos, en el ombligo... Precisamente esta última se conviene en algo más que una transparencia durante su primera intervención, porque mientras Pacheco habla, Nuria se lleva la mano allí y se rasca con tal intensidad que rompe la gasa. Los cámaras hacen todo lo que pueden por ocultar esa imagen, pero los Hinojosa Jarque, como otros miles de espectadores, lo notan más de una vez, al igual que se percatan de los extraños movimientos de Pacheco: el presentador se lleva la mano al cuello y bromea sobre el calor que hace bajo los focos, pero no se seca el sudor; Pacheco se rasca bajo la corbata, incluso más de una vez se lleva la mano al sobaco.

Tras aquellos presentadores llenos de tics, aparece en pantalla el primer grupo invitado y todos los músicos se comportan de forma sorprendente mientras suena el *playback* de su canción. Ninguno sigue los compases del tema musical. El batería se introduce una baqueta por la espalda para rascarse bajo la camiseta, un guitarrista se frota el brazo contra las cuerdas, el otro suelta el mástil para arañarse los muslos y el bajista se cubre con su instrumento cada vez que introduce su mano en la entrepierna para aliviar el tremendo picor de los testículos. El cantante realiza un extraño baile compulsivo que no concuerda con el ritmo de la canción y que consiste, básicamente, en frotarse todo el cuerpo con las manos mientras se retuerce delante del micrófono,

Los Hinojosa Jarque han pasado de sentir asombro a experimentar una cierta inquietud, un pequeño agobio, un picor psicológico que primero les hace rascarse de forma instintiva y finalmente les lleva a cambiar de canal. Lo hacen durante la publicidad. Justo antes de que una voz en off anuncie la suspensión del programa por problemas técnicos y su sustitución por un documental.

Mientras tanto, en el Estudio Uno de TotalVisión reina el caos. Todo el mundo se rasca furiosamente: las azafatas, los guardas de seguridad, los bailarines, los presentadores, los técnicos, los invitados y el público presente en el plató. Algunos se han hecho sangre. Nuria Claver llora con desesperación, y cuando Carlos Pacheco le pasa la mano por el hombro para consolarla, ella le pide que la rasque.

El director de programas va de aquí para allá preguntándose qué ha pasado, de dónde han salido los miles de pulgas que inundan los camerinos y saltan por los pasillos extendiéndose por todo el edificio. Él también quisiera llorar, pero le pica tanto que se concentra en hincarse las uñas en la piel. Su único consuelo es que, a pesar de la catástrofe, no ha habido que llamar a las ambulancias: pica tanto que nadie tiene tiempo para desmayarse.

Lucía ve la tele desde la bañera. Es el único sitio donde puede permanecer: su cuerpo está lleno de picaduras de pulga y sólo el agua fresca alivia un poco el picor. Mientras permanece sumergida, piensa que seguro que la sarna con gusto también pica, pero se siente reconfortada. Aunque en su empresa ya no la valoren como se merece, ahora cuenta con el cariño de muchos cazadores de la provincia, hombres rudos que jamás podrán olvidar a esa mujer, «la loca de la sociedad protectora», que apareció por sus pueblos y les ofreció dinero por dejarse limpiar las perreras. De allí han salido las pulgas que ahora demuestran su apetito en TotalVisión, entre ellas la que acaba de darle un picotazo en la oreja al director de programas cuando llamaba desde su móvil a una empresa de desinsectación.

